XXIX Domingo del Tiempo Ordinario C

Dios se hace de rogar

"Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar sin desanimarse, les dijo: Había un juez que ni temía a Dios, ni le importaban los hombres. Y había una viuda"... San Lucas, cap. 18.

Algunos lo llaman rapidación. Un fenómeno que a todos nos envuelve, obligándonos a imprimirle a nuestras actividades una velocidad inusitada. Por esto hemos creado café instantáneo, comidas rápidas, crédito inmediato, correo electrónico, aviones que superan la velocidad del sonido.

Pero lo malo del asunto es que hemos trasladado este fenómeno a nuestras relaciones interpersonales: No hay espacio para hacerle mantenimiento a la amistad. No tenemos tiempo para escuchar a nadie.

Y además a nuestro trato con Dios: Mascullamos las oraciones a toda prisa, buscamos la Eucaristía más corta y exigimos del Señor que nos responda, por lo menos a vuelta de correo.

Pero al leer el evangelio descubrimos que Dios se hace de rogar, porque trabaja con otras medidas de tiempo y de espacio.

Un día Jesús, para enseñarles a sus discípulos que es necesario orar sin desanimarse, les contó la parábola de un juez que no temía a Dios y a quien no le importaba la gente. Cierta viuda le había confiado su caso y angustiada acudía diariamente a rogarle: "Hazme justicia frente a mi adversario". Durante algún tiempo el juez se negó a ayudarla. Pero después se dijo: "Aunque no temo a Dios ni me importa la gente, haré justicia a esta viuda, no vaya a acabar pegándome en la cara".

Jesús añade: "¿No hará el Señor justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?". Se arriesga a comparar a Dios con aquel juez inicuo.

Sin embargo, nos gustaría saber por qué es tan lento el Padre de los cielos ante nuestras súplicas. El salmo 141 ruega que la oración del justo llegue al cielo como sube el incienso. Aunque no es tan veloz el humo perfumado.

En primer lugar El desea que, a fuerza de insistir en la oración, nuestra fe se ejercite. Y fortalezcamos la confianza. Pero habría otras razones: Los calendarios de Dios son distintos de aquellos que manejamos a diario. "Mil años son ante tus ojos como el día de ayer que ya pasó, como una vigilia de la noche", señala el salmo 90.

Además porque nuestra jerarquía de valores no siempre se identifica con la del Señor. Así, cuando pedimos algo que nos parece indispensable, El nos da cosas mejores. Pero nosotros, como niños malcriados, nos enfadamos.

Sin embargo no es fácil identificar esos dones superiores. Y mientras tanto, nuestra oración se deslíe ante un Dios que permanece en silencio.

Sobre este tema, Beatriz Restrepo de Echavarría nos enseñó:

"Te pedí que me escucharas y me diste un consejo. No me brindaste lo que yo quería. Te pedí que me escucharas y me dijiste que mi situación era absurda. Heriste mis

sentimientos. Te pedí que me escucharas y quisiste resolver mi problema. Por raro que parezca, me fallaste.

Por eso será que mucha gente prefiere recurrir a la oración. Porque Dios no aconseja importunamente. No juzga, no reprende. Permanece en silencio. No nos resuelve de inmediato nuestros problemas. Pero nos hace entender que poseemos su fuerza para superar todos los conflictos."

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y